

Distancias acortadas

Somos hijos de la velocidad. Engendros del vértigo. Somos inmedatistas. Nada está lejos de ninguna parte. Hemos acortado todas las distancias, menos aquella que nos separa del corazón, del otro y de la otra. A pesar de estar juntos, la soledad nos carcome el alma. Jugamos al anonimato, nos distraemos en lejanía. Las distancias se miden por el interés, o peor, la medida es el egoísmo.

Aplicamos las dimensiones de nuestras distancias a la relación con Dios. Nos parece tan lejano y Él está dentro. Lo buscamos por fuera y es nuestra misma intimidad. Isaías nos sugiere que los busquemos mientras Él se deja encontrar. Y para encontrarlo no podemos confundirlo con nuestra propia mezquindad. Sus caminos son otros, sus planes son diferentes.

Nos pasa inadvertida la vida. La muerte nos gusta verla remota e incierta. La lucha de Pablo se centra en otro estadio: Encontrar a Cristo. Su vida vale si es para identificarse con Él. La muerte sería una ganancia si es para sellar definitivamente la identificación con Él. ¡Qué lejos estamos de esta convicción paulina! Se nos pasa la vida tan distraídamente que no tenemos tiempo ni para pensar en el encuentro con el Señor.

Si hemos reducido las distancias, es porque le hemos ganado al tiempo la batalla. Todo es un instante y nada más. Jesús va llamando a su viña en horas diferentes. Para el salario no importa el tiempo trabajado sino la gratuidad de quien nos llama. Entonces, vida y tiempo y distancias no son más que don, un regalo de Dios que es necesario descubrir, asumir en medio de las penumbras de la existencia.

Cochabamba 20.09.14

jesús e. osorno g. mxy

jesus.osornog@gmail.com